

pesaria mucho, si es que para curar los males ajenos tengo yo de ser la vaca de la boda. Déjenme, si no por Dios que lo arroje y lo eche todo á trece, aunque no se venda. Ya en esto se habia sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimías á quien acompañaron las flautas y las voces de todos, que aclamaban:—Viva Altisidora, Altisidora viva. Levantáronse los Duques y los reyes Mínos y Radamanto, y todos juntos con Don Quijote y Sancho fueron á recibir á Altisidora, y á bajarla del túmulo, la cual haciendo de la desmayada se inclinó á los Duques y á los Reyes, y mirando de traves á Don Quijote, le dijo:—Dios te lo perdona, desamorado caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo, á mi parecer, mas de mil años: y á tí ó el mas compasivo escudero que contiene el orbe, te agradezco la vida que poseo. Dispon desde hoy mas, amigo Sancho, de seis camisas mias que te mando, para que hagas otras seis para tí, y si no son todas sanas, á lo menos son todas limpias. Besóle por ello las manos Sancho con la corzoza en la mano y las rodillas en el suelo. Mandó el Duque que se la quitasen, y le volviesen su caperuza, y le pusiesen el sayo, y le quitasen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al Duque, que le dejasen la ropa y mitra, que las queria llevar á su tierra por señal y memoria de aquel nunca visto suceso. La Duquesa respondió que sí dejarían, que ya sabia él cuán grande amiga suya era. Mandó el Duque despejar el patio, y que todos se recogiesen á sus estancias, y que á Don Quijote y á Sancho los llevasen á las que ellos ya se sabían.



CAPÍTULO LXX.

Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no escusadas para la claridad desta historia.

DURMIÓ Sancho aquella noche en una carriola, en el mismo aposento de Don Quijote, cosa que él quisiera escusarla, si pudiera, porque bien sabia que su amo no le habia de dejar dormir á preguntas y á respuestas, y no se hallaba en disposicion de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenia presentes, y no le dejaban libre la lengua, y viniérale mas á cuento dormir en una choza solo, que no en aquella rica estancia acompañado. Salióle su temor tan verdadero y su sospecha tan cierta, que apenas hubo entrado su señor en el lecho, cuando dijo:—¿Qué te parece, Sancho, del suceso desta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desden desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta á Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideracion del rigor y el desden con que yo siempre la he tratado.—Muriérase ella en hora buena, cuando quisiera y como quisiera, respondió Sancho, y dejárame á mí en mi casa, pues ni yo la enamoré, ni la desdeñé en mi vida. Yo no sé, ni puedo pensar cómo sea que la salud de Altisidora, doncella mas antojadiza que discreta, tenga que ver, como otra vez he dicho, con los martirios de Sancho Panza. Agora sí que vengo á conocer clara y distintamente que hay encantadores y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sé librar: con todo esto suplico á vuesa merced me deje dormir, y no me pregunte mas, si no quiere que me arroje por una ventana abajo.—Duerme, Sancho amigo, respondió Don Quijote, si es que te dan lugar los alfilerazos y pellizcos recibidos y las mamonas hechas.—Ningun dolor, replicó Sancho, llegó á la afrenta de las mamonas, no por otra cosa, que por habérmelas hecho dueñas, que confundidas sean: y torno á suplicar á vuesa merced me deje dormir, porque el

sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertas¹.— Sea así, dijo Don Quijote, y Dios te acompañe. Durmiéronse los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor de esta grande historia, qué les movió á los Duques á levantar el edificio de la máquina referida: y dice, que no habiéndosele olvidado al Bachiller Sanson Carrasco, cuando el caballero de los Espejos fué vencido y derribado por Don Quijote, cuyo vencimiento y caída borró y deshizo todos sus designios, quiso volver á probar la mano, esperando mejor suceso que el pasado: y así, informándose del page que llevó la carta y presente á Teresa Panza, muger de Sancho, adonde Don Quijote quedaba, buscó nuevas armas y caballo, y puso en el escudo la blanca luna, llevándolo todo sobre un macho á quien guiaba un labrador, y no Tomé Cecial, su antiguo escudero, porque no fuese conocido de Sancho ni de Don Quijote. Llegó pues al castillo del Duque, que le informó el camino y derrota que Don Quijote llevaba, con intento de hallarse en las justas de Zaragoza. Díjole asimesmo las burlas que le habia hecho con la traza del desencanto de Dulcinea, que habia de ser á costa de las posaderas de Sancho. En fin dió cuenta de la burla que Sancho habia hecho á su amo, dándole á entender que Dulcinea estaba encantada y trasformada en labradora, y cómo la Duquesa su muger habia dado á entender á Sancho, que él era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada Dulcinea, de que no poco se rió y admiró el Bachiller, considerando la agudeza y simplicidad de Sancho, como el extremo de la locura de Don Quijote. Pidióle el Duque, que si le hallase y le venciese ó no, se volviese por allí á darle cuenta del suceso. Hizolo así el Bachiller: partióse en su busca, no le halló en Zaragoza, pasó adelante, y sucedióle lo que queda referido. Volvióse por el castillo del Duque, y contóselo todo con las condiciones de la batalla, y que ya Don Quijote volvia á cumplir, como buen caballero andante, la palabra de retirarse un año en su aldea: en el cual tiempo podia ser, dijo el Bachiller, que sanase de su locura, que esta era la intencion que le habia movido á hacer aquellas trasformaciones por ser cosa de lástima, que un hidalgo tan bien entendido, como Don Quijote, fuese loco. Con esto se despidió del Duque y se volvió á su lugar, esperando en él á Don Quijote, que tras él venia. De aquí tomó ocasion el Duque de hacerle aquella burla: tanto era lo que

¹ Así está en la primera impresion y en las demas: en el original del autor se diria acaso *despiertos*, ó *de los que ellas tienen despiertos*, porque las miserias ni velan ni duermen.

gustaba de las cosas de Sancho y de Don Quijote, é hizo tomar los caminos cerca y lejos del castillo por todas las partes que imaginó que podria volver Don Quijote, con muchos criados suyos de á pié y de á caballo, para que por fuerza ó de grado le trujesen al castillo, si le hallasen. Halláronle, dieron aviso al Duque, el cual ya prevenido de todo lo que habia de hacer, así como tuvo noticia de su llegada, mandó encender las hachas y las luminarias del patio, y poner á Altisidora sobre el túmulo, con todos los aparatos que se han contado, tan al vivo y tan bien hechos, que de la verdad á ellos habia bien poca diferencia: y dice mas Cide Hamete, que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponian en burlarse de dos tontos, los cuales el uno durmiendo á sueño suelto, y el otro velando á pensamientos desatados, les tomó el dia y la gana de levantarse: que las ociosas plumas, ni vencido, ni vencedor, jamas dieron gusto á Don Quijote. Altisidora, en la opinion de Don Quijote vuelta de muerte á vida, siguiendo el humor de sus señores, coronada con la mesma guirnalda que en el túmulo tenia, y vestida una tunicela de tafetan blanco, sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada á un báculo de negro y finísimo ébano, entró en el aposento de Don Quijote, con cuya presencia turbado y confuso se encogió y cubrió casi todo con las sábanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase á hacerle cortesía ninguna. Sentóse Altisidora en una silla junto á su cabecera, y despues de haber dado un gran suspiro, con voz tierna y debilitada le dijo:—Cuando las mugeres principales, y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dan licencia á la lengua que rompa por todo inconveniente, dando noticia en público de los secretos que su corazon encierra, en estrecho término se hallan. Yo, señor Don Quijote de la Mancha, soy una destas, apretada, vencida y enamorada; pero con todo esto sufrida y honesta, tanto, que por serlo tanto, reventó mi alma por mi silencio, y perdí la vida. Dos dias ha que la consideracion¹ del rigor con que me has tratado ¡ó mas duro que mármol á mis quejas², empedernido caballero! he estado muerta, ó á lo menos juzgada por tal de los que me han visto; y si no fuera porque el amor, condoliéndose de mí, depositó mi remedio en los martirios deste

¹ Falta la preposicion *por*, que pide la gramática y el sentido, y que se hallaria sin duda en el original de Cervantes.

² Garcilaso: Egloga I.

buen escudero, allá me quedara en el otro mundo.—Bien pudiera el amor, dijo Sancho, depositarlos en los de mi asno, que yo se lo agradeciera. Pero dígame, señora, así el cielo la acomode con otro mas blando amante que mi amo, ¿qué es lo que vió en el otro mundo? ¿qué hay en el infierno? porque quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradero.—La verdad que os diga respondió Altisidora, yo no debí de morir del todo, pues no entré en el infierno, que si allá entrara, una por una no pudiera salir dél, aunque quisiera. La verdad es que llegué á la puerta, adonde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas y en jubon, con valonas guarnecidas con puntas de randas flamencas y con unas vueltas de lo mismo, que les servian de puños, con cuatro dedos de brazo de fuera, porque pareciesen las manos mas largas, en las cuales tenian unas palas de fuego: y lo que mas me admiró fué, que les servian en lugar de pelotas libros, al parecer llenos de viento y de borra, cosa maravillosa y nueva; pero esto no me admiró tanto, como el ver, que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos, y entristecerse los que pierden, allí en aquel juego todos gruñian, todos regañaban y todos se maldecian.—Eso no es maravilla, respondió Sancho, porque los diablos jueguen ó no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen ó no ganen.—Así debe de ser, respondió Altisidora, mas hay otra cosa que tambien me admira (quiero decir me admiró entonces) y fué, que al primer boleó no quedaba pelota en pié, ni de provecho para servir otra vez, y así menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla. A uno dellos, nuevo y flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo que le sacaron las tripas y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo á otro:—Mirad qué libro es ese, y el diablo le respondió:—Esta es la *Segunda Parte de la Historia de Don Quijote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hamete su primer autor, sino por un Aragonés que él dice ser natural de Tordesillas.—Quitádmelo de ahí, respondió el otro diablo, y metedle en los abismos del infierno, no le vean mas mis ojos.—¿Tan malo es? respondió el otro.—Tan malo, replicó el primero, que si de propósito yo mesmo me pusiera á hacerle peor, no acertara. Prosiguieron su juego, peloteando otros libros, y yo por haber oido nombrar á Don Quijote, á quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta vision.—Vision debió de ser sin duda, dijo Don Quijote, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa historia anda por acá de mano en mano, pero no

para en ninguna, porque todos la dan del pié. Yo no me he alterado en oír que ando como cuerpo fantástico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esta historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto á la sepultura no será muy largo el camino. Iba Altisidora á proseguir en quejarse de Don Quijote, cuando le dijo Don Quijote:—Muchas veces os he dicho, señora, que á mí me pesa de que háyais colocado en mí vuestros pensamientos, pues de los míos antes pueden ser agradecidos que remediados. Yo nací para ser de Dulcinea del Toboso, y los hados, si los hubiera, me dedicaron para ella, y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es pensar lo imposible. Suficiente desengaño es este, para que os retireis en los límites de vuestra honestidad; pues nadie se puede obligar á lo imposible. Oyendo lo cual Altisidora, mostrando enojarse y alterarse, le dijo:—Vive el señor, Don bacallao, alma de almirez, cuesco de dátil, mas terco y duro que villano rogado, cuando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto á vos, que os tengo de sacar los ojos. ¿Pensais por ventura, Don vencido y Don molido á palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habeis visto esta noche ha sido fingido, que no soy yo muger que por semejantes camellos habia de dejar que me doliese un negro de la uña, cuanto mas morirme.—Eso creo yo muy bien, dijo Sancho, que esto del morirse los enamorados es cosa de risa: bien lo pueden ellos decir; pero hacer, créalo Júdas. Estando en estas pláticas entró el músico cantor y poeta que habia cantado las dos ya referidas estancias, el cual haciendo una gran reverencia á Don Quijote, dijo:—Vuesa merced, señor caballero, me cuente y tenga en el número de sus mayores servidores, porque ha muchos dias que le soy muy aficionado, así por su fama, como por sus hazañas. Don Quijote le respondió:—Vuesa merced me diga quién es, porque mi cortesía responda á sus merecimientos.—El mozo respondió, que era el músico y panegírico de la noche antes.—Por cierto, replicó Don Quijote, que vuesa merced tiene estremada voz; pero lo que cantó no me parece que fué muy á propósito, porque ¿qué tienen que ver las estancias de Garcilaso con la muerte desta señora?—No se maraville vuesa merced deso, respondió el músico, que ya entre los intonsos poetas de nuestra edad se usa, que cada uno escriba como

¹ Téngase presente que de Garcilaso no solo es la octava segunda, sino los dos versos últimos de la primera. V. Egloga III.

quisiere, y hurte de quien quisiere, venga ó no venga á pelo de su intento, y ya no hay necesidad que canten ó escriban, que no se atribuya á licencia poética. Responder quisiera Don Quijote, pero estorbáronlo el Duque y la Duquesa que entraron á verle, entre los cuales pasaron una larga y dulce plática, en la cual dijo Sancho tantos donaires y tantas malicias, que dejaron de nuevo admirados á los Duques, así con su simplicidad, como con su agudeza. Don Quijote les suplicó le diesen licencia para partirse aquel mesmo dia, pues á los vencidos caballeros como él, mas les convenia habitar una zahurda, que no reales palacios. Diéronsela de muy buena gana, y la Duquesa le preguntó si quedaba en su gracia Altisidora. Él le respondió:—Señora mia, sepa Vuestra Señoría que todo el mal desta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupacion honesta y continua. Ella me ha dicho aquí, que se usan randas en el infierno, y pues ella las debe de saber hacer, no las deje de la mano, que ocupada en menear los palillos no se menearán en su imaginacion la imágen, ó imágenes de lo que bien quiere: y esta es la verdad, este mi parecer, y este es mi consejo.—Y el mio, añadió Sancho, pues no he visto en toda mi vida ramera que por amor se haya muerto: que las doncellas ocupadas mas ponen sus pensamientos en acabar sus tareas, que en pensar en sus amores. Por mí lo digo, pues mientras estoy cavando no me acuerdo de mi oislo, digo de mi Teresa Panza, á quien quiero mas que á las pestañas de mis ojos.—Vos decis muy bien, Sancho, dijo la Duquesa, y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aquí adelante en hacer alguna labor blanca, que la sabe hacer por extremo.—No hay para qué, señora, respondió Altisidora, usar dese remedio, pues la consideracion de las crueldades que conmigo ha usado este malandrin mostrenco, me le borrarán de la memoria sin otro artificio alguno, y con licencia de vuestra grandeza me quiero quitar de aquí, por no ver delante de mis ojos, ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura.—Eso me parece, dijo el Duque, á lo que suele decirse, que aquel que dice injurias, cerca está de perdonar. Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo, y haciendo reverencia á sus señores, se salió del aposento.—Mándote yo, dijo Sancho, pobre doncella, mándote digo, mala ventura, pues las has habido con un alma de esparto, y con un corazon de encina: á fe que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantara. Acabóse la plática, vistióse Don Quijote, comió con los Duques, y partióse aquella tarde.

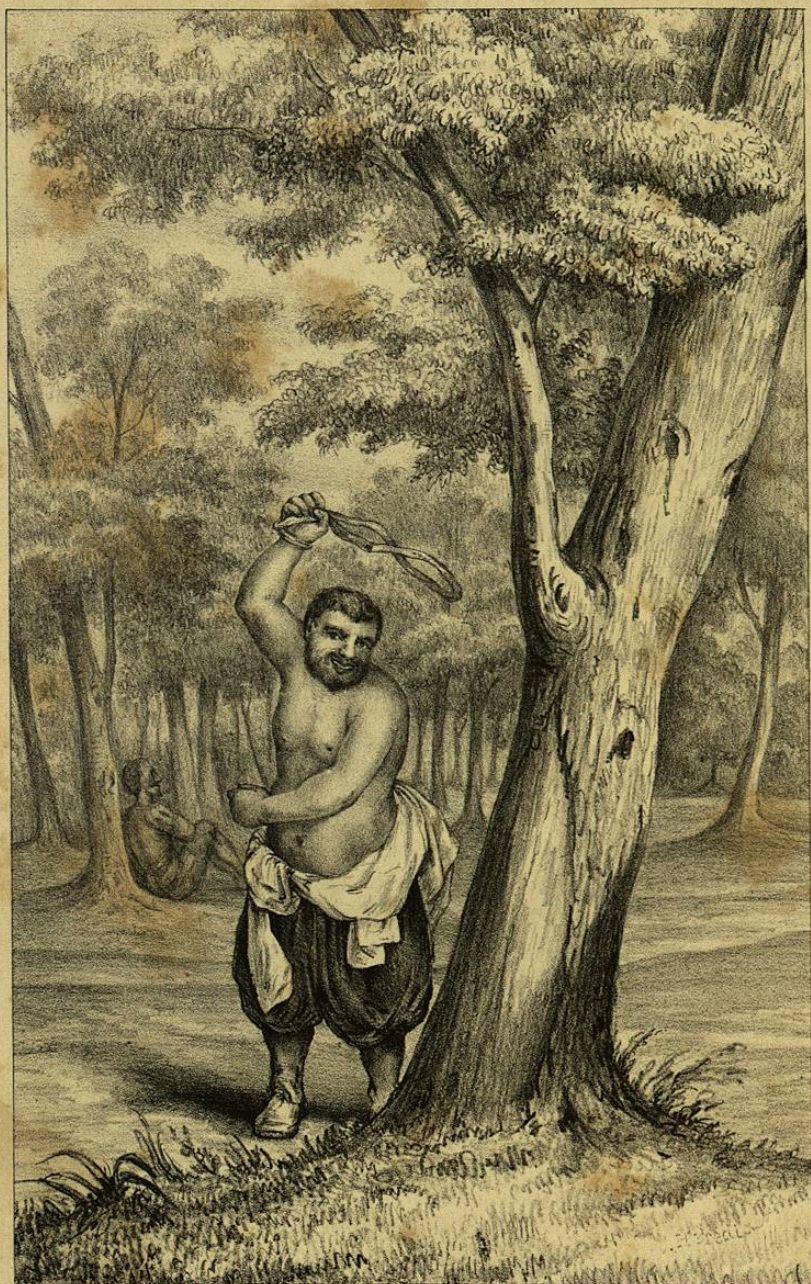


CAPÍTULO LXXI.

De lo que á Don Quijote le sucedió con su escudero Sancho, yendo á su aldea.

HA el vencido y asendereado Don Quijote pensativo ademas por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría el considerar en la virtud de Sancho, como lo habia mostrado en la resurreccion de Altisidora, aunque con algun escrúpulo se persuadia á que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba nada alegre Sancho, porque le entristecia ver que Altisidora no le habia cumplido la palabra de darle las camisas, y yendo y viniendo en esto, dijo á su amo:—En verdad, señor, que soy el mas desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay físicos que con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro, sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y cátao cantusado; y á mí, que la salud agena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite: pues yo les voto á tal, que si me traen á las manos otro algun enfermo, que antes que le cure me han de untar las mias, que el Abad de donde canta yanta, y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros de bóbilis bóbilis.—Tú tienes razon, Sancho amigo, respondió Don Quijote, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas, y puesto que tu virtud es *gratis data*, que no te ha costado estudio alguno, mas que estudio es recibir martirios en tu persona: de mí te sé decir, que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena; pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querria que impidiese el premio á la medicina. Con todo eso me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres, y azótate luego, y págate de contado y de tu propia mano, pues tienes dineros míos. A cuyos ofreci-

mientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazón á azotarse de buena gana, y dijo á su amo:—Agora bien, señor, yo quiero disponerme á dar gusto á vuestra merced en lo que desea, con provecho mio: que el amor de mis hijos y de mi muger me hace que me muestre interesado. Dígame vuestra merced, cuánto me dará por cada azote que me diere.—Si yo te hubiera de pagar, Sancho, respondió Don Quijote, conforme lo que merece la grandeza y calidad de este remedio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosí fueran poco para pagarte: toma tú el tanto á lo que llevas mio, y pon el precio á cada azote.—Ellos, respondió Sancho, son tres mil y trescientos y tantos: dellos me he dado hasta cinco, quedan los demas: entren entre los tantos estos cinco, y vengamos á los tres mil y trescientos, que á cuartillo cada uno, que no llevaré menos si todo el mundo me lo mandase: montan tres mil y trescientos cuartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales, y los trescientos hacen ciento y cincuenta medios reales, que vienen á hacer setenta y cinco reales, que juntándose á los setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos desfalcaré yo de los que tengo de vuestra merced, y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas. . . . y no digo mas.—¡O Sancho bendito! ¡O Sancho amable! respondió Don Quijote, y cuán obligados hemos de quedar Dulcinea y yo á servirte todos los dias que el cielo nos diere de vida. Si ella vuelve al ser perdido (que no es posible sino que vuelva), su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento felicísimo triunfo: y mira, Sancho, cuándo quieres comenzar la disciplina, que porque la abrevies te añado cien reales.—¿Cuándo? replicó Sancho, esta noche sin falta: procure vuestra merced que la tengamos en el campo al cielo abierto, que yo me abriré mis carnes. Llegó la noche esperada de Don Quijote con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habian quebrado, y que el día se alargaba mas de lo acostumbrado, bien así como acontece á los enamorados, que jamas ajustan la cuenta de sus deseos. Finalmente se entraron entre unos amenos árboles, que poco desviados del camino estaban, donde dejando vacías la silla y albarda de Rocinante y el rucio, se tendieron sobre la verde yerba y cenaron del repuesto de Sancho, el cual haciendo del cabestro y de la jáquima del rucio un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas. Don Quijote



que le vió ir con denuedo y con brio, le dijo:—Mira, amigo, que no te hagas pedazos, da lugar que unos azotes aguarden á otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento, quiero decir, que no te des tan recio, que te falte la vida antes de llegar al número deseado, y porque no pierdas por carta de mas ni de menos, yo estaré desde aparte contando por este mi rosario los azotes que te dieres. Favorézcate el cielo conforme tu buena intencion merece.—Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho, yo pienso darme de manera, que sin matarme me duela, que en esto debe de consistir la sustancia deste milagro. Desnudóse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel, comenzó á darse, y comenzó Don Quijote á contar los azotes. Hasta seis ú ocho se habria dado Sancho, cuando le pareció ser pesada la burla y muy barato el precio della, y deteniéndose un poco, dijo á su amo, que se llamaba á engaño, porque merecia cada azote de aquellos ser pagado á medio real, no que á cuartillo.—Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes, le dijo Don Quijote, que yo doblo la parada del precio.—Dese modo, dijo Sancho, á la mano de Dios, y lluevan azotes; pero el socarron dejó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando, que parecia que con cada uno dellos se le arrancaba el alma. Tierna la de Don Quijote, temeroso de que no se le acabase la vida, y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dijo:—Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy áspera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo, que no se ganó Zamora en una hora. Mas de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado; bastan por agora, que el asno, hablando á lo grosero, sufre la carga, mas no la sobrecarga.—No, no, señor, respondió Sancho, no se ha de decir por mí: á dineros pagados brazos quebrados: apártese vuesa merced otro poco y déjeme dar otros mil azotes siquiera, que á dos levadas destas habremos cumplido con esta partida, y aun nos sobrará ropa.—Pues tú te hallas con tan buena disposicion, dijo Don Quijote, el cielo te ayude, y pégate, que yo me aparto. Volvió Sancho á su tarea con tanto denuedo, que ya habia quitado las cortezas á muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba: y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azote en una haya, dijo:—Aquí morirá Sanson y cuantos con él son. Acudió Don Quijote luego al son de la lastimada voz y del golpe del riguroso azote, y asiendo del torcido cabestro, que le servia de corba-